

EDUCATIONIS MOMENTUM

vol 3, n.º 1, 2017, pp. 75-88. ISSN (impr.): 2414-1364; (online): 2517-9853

El círculo vivencial y la voluntad de sentido:
implicancias educativas

The Experiential Circle and the Will to Meaning:
Educational Implications

Modesto CHACÓN-MATTOS
mchaconm4@gmail.com

Recibido: 2016.01.07
Aprobado: 2017.07.04

Resumen

La globalización y el veloz desarrollo de la tecnología caracterizan hoy nuestras sociedades. Esta situación conlleva la aparición de nuevos estilos de vida, nuevas formas de percibir el mundo y a la persona misma. La tecnología establece parámetros de comunicación en los que el uso de la misma es lo funcional. La educación tiende a ser impartida de manera virtual. Se busca la comodidad a través del menor esfuerzo. La persona humana, inmersa en esta intensa y agitada actividad, experimenta cambios que pueden deshumanizarla y hacerle perder el sentido de la vida. En este contexto la educación debe consolidar su función formativa y no ser solamente un medio informativo; debe ser guía para el crecimiento espiritual de la persona. Las corrientes antropológicas, filosóficas y psicológicas que Philipp Lersch (1898-1972) y Viktor Frankl (1905-1997) apoyan la acción educativa y posibilitan el hecho de que las personas no se deshumanicen, sino que se humanicen más al encontrar el sentido de vida necesario para trascender y liderar los cambios que la sociedad necesita. Lersch lo procura a través del constructo teórico del círculo vivencial, que facilita el contacto del yo con el mundo; Frankl, con la logoterapia.

Palabras clave: círculo vivencial, sentido de vida, logoterapia, trascendencia, educación

Abstract

Modern globalization and the rapid development of technology entail the appearance of new lifestyles, and new ways for individuals to perceive the world and even themselves. The human person, immersed in this intense and agitated activity, experiences changes that may be leading to dehumanization. Human beings tend to move forward impelled by a kind of inertia, which makes life senseless. In this context, education must consolidate its formative function and not be merely informative. It should remain what pedagogy proposes: a guide for the spiritual growth of the person. The anthropological, philosophical, and psychological ideas of Philipp Lersch (1898-1972) and Viktor Frankl (1905-1997) support educational action, and make it possible for people not to dehumanize. Instead, they help education to become more humane in finding the sense of life necessary to be able to transcend, and thus, lead the changes that society needs. Lersch contributes to this through the theoretical construct of the experiential circle, which facilitates contact of the self with the world, while Frankl contributes through logotherapy, the quest for the meaning of life.

Key words: experiential circle, meaning of life, logotherapy, transcendence, education

La educación como proceso de humanización, es decir, de hacer del hombre una persona humana tal que el despliegue de sus dimensiones lo lleven a alcanzar niveles de trascendencia, permitiéndole a su vez, encontrar y dar sentido a su vida, sea cual fuere la edad que tenga, es la educación a la que se debe aspirar.

El sentido de la vida no se enseña; se descubre; tampoco se inventa. Es único para cada persona y se le conoce a través de las vivencias que el ser humano tiene en su contacto con el mundo objetivo que lo rodea, y en el procesamiento que hará en la supraestructura. Y es en ese mundo de vivencias experienciales, que conducen al descubrimiento del significado de vida, donde el proceso educativo interviene modulando la voluntad a través del discernimiento para indicar a la persona el mejor camino de trascendencia.

A pesar de que la logoterapia como tal no fue diseñada para ser aplicada en el campo educativo, Frankl se ocupó del tema educativo relacionándolo con carencias existenciales y necesidad de sentido. La acción educativa —y mejor, la acción pedagógica— tiene una función importante en la promoción de la búsqueda de sentido, sentido de vida que no se podrá encontrar en la medida en que no se cuente con el apoyo del aporte de la educación. El hombre no se deberá quedar detenido por la influencia del sistema impuesto por la globalización, contexto en el que el inmediatismo asociado al conformismo busca solamente la satisfacción de necesidades temporales sin contenido trascendente. Parece que las personas empiezan a carecer de capacidad para tomar decisiones que promuevan su crecimiento, llegando al establecimiento de vacíos existenciales. Es necesario, como dice Copello (2007), «afinar la conciencia» (p. 85) para que la educación sea responsable en su accionar. Pareja (2006), al señalar las metas del proceso logoterapéutico de Frankl, dice que una de ellas lleva a «que la persona descubra que su ubicación en el tiempo le ofrece la posibilidad de una integración, en el presente, del valor del pasado y del valor potencial del futuro como generadores de acciones llenas de sentido y valor» (p. 394). La educación tiene esas finalidades, es decir, permite a la persona valorarse en el tiempo para recatar lo positivo y mejorar el futuro haciéndolo trascendente.

En la teoría de Lersch (1966), las tres dimensiones, *soma*, *psyché* y *logos*, en la dinámica del círculo vivencial, como vía para la auto trascendencia en la búsqueda de sentido de vida, deberán experimentar diferentes estados, los

mismos que, vivenciados sin frustraciones existenciales, significarán en su momento el logro de la felicidad, siendo esta no la finalidad, sino el sentimiento experimentado al lograr la autorrealización trascendente con posibilidad de estar asociada a niveles suprapersonales. A ello se está haciendo referencia cuando se dice que la educación es un proceso tendiente a la humanización, es decir, que la educación debe coadyuvar al mejor despliegue de las dimensiones humanas como parte del crecimiento de la persona.

Esta concepción de carácter humanista que se encuentra en las bases antropológicas, filosóficas y psicológicas de la estructura de la persona y en la logoterapia de Lersch y Frankl respectivamente, se mantiene vigente a través del tiempo, es decir, la búsqueda de sentido de vida para la persona humana siempre ha sido y seguirá siendo objetivo fundamental en su existencia. Por lo que el apoyar la acción educativa en esta perspectiva humanista resulta beneficioso, ya que le facilita a la educación un constructo teórico que permite la confluencia de la información y la formación en un mismo sendero que finaliza en el encuentro del sentido de vida, a través de la proyección de la estructura de la persona al mundo mediante el círculo vivencial.

El círculo vivencial de Lersch (1966) es un medio que facilita el encuentro de las tendencias e impulsos que nacen de necesidades no satisfechas en el contexto de un yo psíquico, con el mundo externo para su satisfacción.

En la teoría de la estructura de la persona del mencionado autor, el círculo funcional de la vivencia es el elemento vinculante de las pulsiones provenientes del plano vertical (mundo interno) y la realidad del mundo circundante o realidad externa.

Los contenidos pulsionales en su encuentro con el mundo, en busca de la satisfacción de necesidades y por ende del encuentro con el sentido de vida, utilizan como vía de doble sentido el círculo vivencial.

Para que este encuentro se concrete es necesario que exista una necesidad no satisfecha que actuará a manera de efecto tensional, lo que se conoce como ansiedad existencial (Lersch, 1966), y que aparece como consecuencia de la toma de conciencia de las necesidades existentes en las dimensiones de la condición humana: biológica, psicológica y espiritual. En consecuencia,

la no satisfacción de estas necesidades dará lugar a la creación de los vacíos existenciales ya mencionados.

En un inicio y en dirección hacia el mundo externo, circulan los impulsos y necesidades, los mismos que luego regresan al fondo endotímico o plano vertical, convertidos en vivencias con ricos contenidos de sentimientos y con un especial tinte de afectación por el impacto experimentado en el contacto con el mundo. El impacto que generan los afectos que se convierten en contenidos permanentes —como contexto conmovido de la persona— llegará hasta la supraestructura, en donde será analizado por el discernimiento, el cual indicará a la voluntad el camino a seguir en la satisfacción de necesidades, y de ahí, posteriormente, a un nuevo encuentro con el mundo de los sentidos.

Se debe entender que en el conjunto de impulsos que utilizan el círculo vivencial se encuentran necesidades que se convierten en motivaciones vinculadas a diversos intereses: biológicos, psicológicos, culturales y también espirituales. Ello ocurre cuando se han establecido patrones actitudinales que se mantienen a lo largo del tiempo y que de alguna manera significan para la persona una meta-valor o felicidad.

El discernimiento que gobierna al libre albedrío, en el marco de un conjunto de parámetros —como consecuencia de la evolución y los aprendizajes tenidos durante ella— deberá encontrar, en el marco del uso de los mejores criterios, el camino de auto trascendencia.

El proceso educativo tiene que ver con la satisfacción de las necesidades y convertir los patrones conductuales y actitudinales, producto del encuentro del yo con el mundo, en constructos responsables y que faciliten el logro de metas trascendentes con sentido de vida. En el marco de una perspectiva humanista, es la persona humana quien debe asumir en libertad y con conocimiento la responsabilidad de dirigir su destino en busca de felicidad, meta-afecto o meta-valor —utilizando términos de Lersch (1966)— al trascender.

La educación, en manos del pedagogo, tiene la posibilidad de orientar a la persona en el caminar hacia el encuentro y reconocimiento del sentido de vida. «El ser humano busca, afanosamente, a lo largo del camino el sentido de la vida y tiene la libertad para comprometerse en la tarea de encarnar

los valores de su situación histórica» (Pareja, 2006, p. 205). Esta situación es constante, y sin el control que hace el discernimiento de la voluntad en el ejercicio de su libertad, es posible que se establezcan patrones motivacionales no acordes con un adecuado despliegue de las dimensiones, que no se logre el descubrimiento del sentido de vida trascendente, y la persona entre en conflicto consigo misma, lo que inhibe la posibilidad de alcanzar la felicidad en el mejor sentido de la misma. Es en esta dinámica pulsional que la educación cumple la noble tarea de orientar a la persona proporcionando a esta nuevas perspectivas que su discernimiento utilizará para establecer modelos actitudinales y de pensamiento que faciliten la trascendencia dando sentido de vida.

En la concepción de Frankl se resalta el valor del ejercicio de la libertad en cuanto a dirigir la voluntad con fines de mejora personal y también para contribuir al pleno desarrollo de sus habilidades, no solamente las relacionadas con temas concretos, sino especialmente las vinculadas con lo cultural y lo espiritual, sin olvidar que siempre debe existir una conciencia de responsabilidad en la que se ejerza la reflexión crítica (Pareja, 2006).

El proceso educativo, en su aspecto académico, deberá contribuir en el logro trascendente con sentido de vida a través del ámbito cultural. «La psicología evolutiva nos muestra que del impulso creador se desprende otro movimiento tendencial de la transitividad. Es el deseo de participación en el saber» (Lersch, 1966, p. 163). Es decir, la cultura como creación humana contribuye a dar sentido de vida a través de la creación cultural en todas sus manifestaciones: arte, ciencia, tecnología, relaciones humanas, ecología, conservación de la vida, pensamiento filosófico, concepción social, concepción política, religión, etc. Pareja (2006) dice que a esto se le considera como un valor de creación que se da al mundo. Es el vivir-para-otro de Lersch (1966).

Pero no solamente la trascendencia encuentra el sentido de vida a través del dar, sino también a través del recibir, mediante vivencias experienciales como la contemplación de lo estético, la afectación por el pensamiento crítico, la afectación que genera la relación humana solidaria y respetuosa del otro, la afectación emocional que implica el recibir amor, el impacto de la naturaleza conservada y preservada, el bienestar producido por el uso de la ciencia y la tecnología a través de la preservación de la salud y la creación de mejores condiciones de vida, etc., que se convierten en valores de experiencia, que es

lo que el ser humano recibe del mundo (Pareja, 2006). El proceso educativo, desde lo académico y lo formativo, contribuye a la sensibilización necesaria para que la afectación emocional del recibir, propicie vivencias profundas en el ánimo personal y a su vez permitan dar sentido de vida con espíritu crítico e innovador a su vez, lo que hace que la persona trascienda. A través del círculo vivencial, las dimensiones de la persona humana hacen patente el hecho trascendente de que en la vida física los sentidos se percatan de la existencia de las cosas, la mente descubre la realidad de los significados y la experiencia espiritual revela al individuo los verdaderos valores de la vida (Lersch, 1966).

Lersch y el mismo Frankl, en diferentes momentos de la exposición de sus teorías hacen énfasis en la importancia de la educación como parte concomitante del desarrollo de la persona y de su personalidad, como identidad de cada ser humano.

Lersch, con su teoría acerca de la estructura de la persona, y Frankl, incidiendo en la necesidad de dar sentido a la vida, proveen un marco antropológico, filosófico y psicológico a la labor de la pedagogía, entendida esta como el acompañamiento educador, como labor orientadora para el crecimiento trascendente de las personas.

En el fondo endotímico, la patencia genera estados permanentes de búsqueda de sentido, por lo que la persona humana siempre experimenta el sentimiento de carencia, propiciando que el *yo*, convertido en impulsos y tendencias, salga al mundo a encontrar significados y a realizar valores en su proceso evolutivo témporo-espacial. El *soma*, la *psyché* y el *logos* generarán necesidades acordes con su naturaleza, las que establecerán una dinámica entre ellas, dando lugar al sentimiento patente de la búsqueda de una finalidad o sentido, sentido que tiene la característica de ser integrador a nivel multidimensional.

Por ello la educación toma muy en cuenta a las diferentes etapas del proceso evolutivo para adecuar sus procedimientos a las características de cada etapa. Y en este escenario es que el trabajo educativo también tiene que ver con el desarrollo de habilidades como las sociales, las de autogestión, las de pensamiento, de investigación y de la afectividad. En la medida en que se desarrollen estas habilidades no solamente habrá significados cognitivos, racionales, sino también —y especialmente— aquellos que se relacionan

con el despliegue de las dimensiones de la persona, llevando a esta a niveles de trascendencia importantes, donde aspectos como la convivencia social se convierten en ámbito del sentido de vida solidario y de liderazgo al darse a los demás. Si la función educadora, en tanto proceso orientador, no está estructurada en sus procedimientos y, especialmente, en sus principios rectores, como motivadora de movimientos trascendentes en busca de sentido de vida, probablemente no coadyuvará al encuentro del significado de vida de todas las personas involucradas en el acto educativo, por lo tanto no solamente de los estudiantes, sino también, de sus familias y de todos aquellos profesionales que se desempeñan en el espacio educativo.

Para seguir profundizando en la importancia del proceso educativo en la orientación del discernimiento de la persona, hay que tener en cuenta que las tendencias e impulsos son pluridimensionales, son vitales, individuales y transitivos, en función de la dimensión de donde provienen, lo que señala que el sentido de la vida tiene también diversos matices y que en el transcurrir del proceso evolutivo de la vida misma se interrelacionan; quizá no siempre, armónicamente, pero dependiendo del nivel de discernimiento, sí se podrá alcanzar *un-estar-bien* frente a las revelaciones vivenciales que se encuentran a través del círculo vital, en un contexto histórico social en evolución, propio de cada persona. Este escenario obliga a la función orientadora del pedagogo a tener que diseñar las estrategias más convenientes para contribuir al encuentro del significado de vida en cada una de las dimensiones de la persona, por separado y en conjunto, ya que la persona es un todo único e irrepetible. Alcanzado ello, necesariamente se está ante una perspectiva sumamente valiosa ya que la persona no solamente podrá trascenderse, sino que también podrá liderar positivamente el cambio de la sociedad. La educación en sí misma ya tiene un sentido que es el de ayudar a encontrar sentido al transcurrir vivencial frente al entorno, y para ello existe el ámbito formativo, en el que el acompañamiento del desarrollo de habilidades trascendentes permite ir al encuentro del sentido.

La educación deberá también tener en cuenta el campo de influencia de los patrones motivacionales en la búsqueda de sentido. La motivación lleva al ser humano a ser atraído por los valores frente a los que —haciendo uso de su libertad— decidirá realizar o no en el marco de su unicidad irrepetible e irremplazable.

La motivación en su relación inter dimensional parte de lo primario y básico, como es el *soma*, pasando por la *psyché* hasta llegar al *logos*. Esta interdependencia genera una dinámica motivacional fundamental que se apoya en el círculo vivencial. En esta dinámica interactuante, el círculo vivencial desempeña un rol de apoyo, generando sustentabilidad a esa dinámica compleja que existe dentro de la estructura de la persona.

En el despliegue de las dimensiones de la motivación —sea esta intrínseca, extrínseca o trascendente— siempre hay una afectación o conmoción emocional, la que a su vez genera cambios en la dinámica interna de la estructura de la persona, cambios que se proyectan al entorno en el formato de patrones actitudinales. El encuentro con las respuestas significantes conlleva el establecimiento de las meta-valor (Lersch, 1966), las que se constituyen en su momento en parte del sentido de vida, que como se ve tiene diferentes maneras de presentarse para la persona, dependiendo esto de la dimensión que propició el establecimiento de la meta-valor.

Se espera que la persona humana esté motivada, no solamente por la búsqueda del placer y del poder, sino especialmente por la significación trascendente. Sin embargo, esta trascendencia puede estar distorsionada por la presencia de factores de carácter pragmático inmediatista, donde la subjetividad espiritual no tiene sustentabilidad.

La sociedad actual, con la globalización y la pérdida de individualidad por la presencia de medios sociales masivos alienantes, está motivando la búsqueda de valores significativos más bien de índole facilista, carentes de trascendencia individual y sí más bien de valores superficiales que encubren lo esencial de la persona humana, volviéndola un objeto desechable de una tecnología poco o nada respetuosa del humanismo. En la cotidianidad de la vida, la voluntad actúa como factor motivante para la búsqueda de sentido de manera primaria tratando de hacer realidad los valores en el transcurrir de la vida objetiva. Es decir, en el plano objetivo parece que se pierde la magnificencia de la suprema trascendencia. Este fenómeno actual puede ser interpretado como una forma de sufrimiento que la persona experimenta como consecuencia de su relación con la sociedad moderna.

Sin embargo, el ser humano motivado esencialmente por la voluntad de sentido y su poder de autotranscendencia, al relacionarse con otros seres

humanos, reconoce su finitud frente al sufrimiento, lo que, desde la logoterapia, significa la posibilidad de transformarse en otra fuente de motivación, por lo que se apertura el ingreso a niveles de trascendencia suprahumana y de suprapersona o Dios (Pareja, 2006).

Ya en la psicología individual de Adler se plantea el hecho de que el hombre tiene anhelos de perfección, de superación, de seguridad y de superioridad y que su accionar está orientado hacia la búsqueda de ello (Adler, 1920). Y si se habla de perfección, necesariamente se tiene que llegar al concepto de *dios* que abarca en sí el ideal de lo perfecto y lo superior.

La esencia de la suprema trascendencia que supera a la donación al otro va a estar en el ámbito de la suprapersona como meta-valor de alcance infinitamente extenso. Lo cual lleva a tener que analizar con detenimiento la trascendencia de la autorrealización y búsqueda de sentido. Y al ver de esta manera a la satisfacción de necesidades es que se empieza a comprender la inmensa importancia de conocer y utilizar adecuadamente la dinámica que propone Lersch (1996) en su estructura de la persona a fin de facilitar el encuentro con lo trascendente.

El hecho educativo, como se ha mencionado, orienta y acompaña en la búsqueda de sentido, quizá tratando de llegar a la perfección. Sin embargo, ya es bastante útil el encontrar sentido de vida, que no es poco, sino más bien incomparablemente trascendente y que puede llevar a la persona a niveles importantes de mejora personal.

La educación es trascendente y tiene sentido, y ello permite la trascendencia y el encuentro de sentido de quienes son pasibles de recibir sus efectos.

Luego de la motivación, se encuentra el campo propiamente de la acción, entendida esta como el ámbito de lo comportamental asociado a lo vocacional, es decir, el hacer realidad lo deseado, lo buscado, lo que gusta e interesa, lo que hace realidad la trascendencia, y que obviamente tiene sentido de vida.

Por ello, en el ámbito de la orientación vocacional, cuando se habla de vocación se hace referencia explícita al gusto que se tiene por algo, lo que se relaciona con una forma de vida o un estilo de relacionarse con el mundo. Por ende, cuando se habla de vocación en el escenario de las decisiones en cuanto a opciones ocupacionales, necesariamente se tiene pensar en dar respuesta a

preguntas como ¿de qué manera me relaciono con el mundo?, ¿cómo puedo relacionarme con el mundo para trascender? o finalmente, según mi forma de pensar y ser, ¿qué opción ocupacional me ayudará a dar sentido a mi vida? Respuestas a estas preguntas facilitarán la decisión ocupacional, sin olvidar otros factores involucrados en ello, como aptitudes, habilidades, etc.

En la dinámica del círculo vivencial la persona se encuentra en un estado de accionar frente a lo que se supone que ya se constituye el sentido que busca, y que a través de los diferentes estadios evolutivos (niñez, adolescencia, adultez, vejez), tiene que pasar por la selección, adaptación e integración (Lersch, 1966).

La persona tiene frente a sí múltiples opciones comportamentales. El discernimiento le podrá facilitar el proceso selectivo a fin de determinar los patrones más adecuados. Es en las etapas de la niñez y la adolescencia cuando el trabajo formativo dado por la educación debería enfatizar el mayor cuidado en el acompañamiento, ya que es necesario que las experiencias vivenciales que se tienen en esa época reciban mejores precisiones de parte del discernimiento a fin de guiar con éxito el accionar de la voluntad.

En etapas posteriores (adultez, vejez) el discernimiento podrá encontrar menores dificultades en cuanto a su accionar frente a la guía que hace de la voluntad, ya que la persona puede tener un mayor número de experiencias vivenciales, lo que permite hacer una selección más adecuada en busca de sentido, siempre en el ejercicio de su libertad.

Sin embargo, se debe tener en cuenta que el sentido de vida no pertenece solamente a la persona mayor. Es patrimonio de la persona humana cualquiera que sea su edad o estado evolutivo. El sentido de vida lo encuentra el niño y el adolescente al igual que el adulto y la persona de mayor edad. El trabajo educativo tiene la función de orientar a la persona en sus diferentes estadios evolutivos a fin de que encuentre el significado de vida, acorde evidentemente a sus propias características.

El adulto vive la búsqueda según sus parámetros de valoración al igual que el niño y el adolescente, quienes vivencian sus inquietudes según sus necesidades. Pero que todos tienen necesidades que impelen a la búsqueda de su satisfacción es algo muy claro y definitivo. La trascendencia experimenta una evolución, y en esta

siempre hay deseo de trascender, que es lo que finalmente será lo importante en la vida de la persona en el contexto de su realidad. Frankl indica que no importa «el sentido de la vida en términos generales, sino el significado concreto de la vida de cada individuo en un momento dado» (Frankl, 1991, p. 107).

La realización trascendente, asociada a un patrón motivacional, que a su vez se encuentra apoyado en patrones actitudinales, podría ser una realidad de diferente manera. La logoterapia de Frankl menciona que la persona puede trascender realizando valores de tres categorías: *valores de creación*, lo que una persona da al mundo (trabajo), creación, transformación, etc.; *valores de experiencia*, lo que una persona recibe del mundo en forma de vivencia estética, contemplación de la naturaleza, el encuentro humano amoroso; *valores de actitud*, postura que la persona toma ante aquellas situaciones tipificadas por su irreparabilidad, irreversibilidad y fatalidad (actitud ante la tríada trágica sufrimiento, culpa y muerte) a propuesta de Frankl (Pareja, 2006).

Pero también se debe entender que se puede trascender actuando ante situaciones que llevan a tener que interpretar, a la luz del discernimiento, la influencia del mundo y frente a la que la persona deberá asumir posturas que la lleven a encontrar sentido de vida en el marco de una auténtica autotrascendencia.

Los temas valorativos deberán ser tomados en libertad, pero con un discernimiento que oriente a la persona a la búsqueda y práctica de lo realmente trascendente. Este es un escenario típico del accionar de la educación.

La toma de conciencia del sentido de vida descubierto implica cambios en la postura comportamental de las personas a fin de lograr la adaptación a lo nuevo, tanto a nivel del discernimiento como de la voluntad y también de los patrones actitudinales relacionados. Todo ello se constituye en un conjunto dinámico de situaciones que permanentemente están interrelacionándose.

Estos cambios hacen que los sistemas educativos insistan en fomentar las capacidades de discernimiento de la conciencia personal. Por ende, la logoterapia no solamente es aplicable como método psicoterapéutico, sino también como una forma de orientación aplicable al desarrollo humano y de inmejorables resultados en el campo educativo.

El componente afectivo presente en el accionar del círculo vivencial va a permitir afianzar o no los cambios producidos en la perspectiva de la trascendencia y del significado de vida.

Si se tiene convencimiento de que los niveles de trascendencia alcanzados son los que se buscaban, y de que los valores que se realizan corresponden a los niveles de trascendencia, se establecerá lo que en el ámbito del círculo vivencial se conoce como meta-afecto (Lersch, 1966).

Esta meta-afecto permitirá a nivel biológico una complacencia; a nivel psicológico, una autorrealización; y, a nivel espiritual, la felicidad, la que se convierte en un sentimiento y ya no en un estado al que se llega (Lersch, 1966).

La trascendencia y el significado de vida están relacionados con la actividad de la conciencia. Por ello, es posible que se pueda alcanzar niveles suprahumanos. Todo logro implicará cambios en el proceso de adaptación e integración que deberá producirse a nivel de discernimiento y voluntad. La persona humana se permitirá alcanzar los niveles que desee, pero tendrá que superar adecuadamente los cambios de adaptación e integración necesarios para poder vivir-en-felicidad.

Es decir, la trascendencia y el encuentro del sentido de vida, implica una toma de conciencia a nivel de un adecuado discernimiento para que la persona pueda actuar en consecuencia con ello. Esto incluye también al control que la persona deberá hacer de su propio entorno.

En el logro de la meta-afecto, la libertad y la responsabilidad son claves para hacerse cargo de la propia vida y afirmar esa libertad interior ante la fuerte influencia del entorno, así como para seguir sustentando la capacidad de autotranscendencia y de realización de valores.

El discernimiento que gobierna al libre albedrío, en el marco de un conjunto de parámetros, como consecuencia de la evolución y los aprendizajes tenidos durante ella, deberá encontrar, en el marco del uso de los mejores criterios, el camino de la autorrealización.

El uso del libre albedrío es un escenario en el que la labor formativa encuentra también un excelente espacio para proveer la orientación necesaria para que el discernimiento ayude a encontrar el mejor camino rumbo al encuentro del sentido de vida.

El ser humano, más allá de su finitud es visto como atraído y no obligado a realizar los valores (creación, experiencia y actitud) que van constituyendo el sentido de su vida en las circunstancias históricas concretas.

Este ser humano es visto como llamado al cambio, a la búsqueda personal, en un mundo en mutación, en el que su guía es la luz de la conciencia.

Este ser humano es visto como abierto y capaz de integrar positivamente su búsqueda de autotranscendencia autodonándose a los demás; donación en la que alcanza, como consecuencia, esa plenitud llamada felicidad.

Este ser humano es visto como capaz de integrar en sí mismo los elementos gozosos de la existencia junto con aquellos que son irreparables, irreversibles y trágicos: gozo, alegría, encuentro amoroso, contemplación, éxtasis, unión con la naturaleza y con lo suprapersonal, los que se compatibilizan con la angustia, la soledad y la finitud. (Pareja, 2006, p. 400).

La teoría de Lersch y la logoterapia de Frankl constituyen dos aportes importantes que coadyuvan al logro de la humanización del hombre con trascendencia y sentido de vida. La acción educativa se enriquece en el acompañamiento formativo con estos constructos teóricos, facilitando el crecimiento espiritual y significativo de la persona humana.

Referencias

- Adler, A. (1920). *La práctica y la teoría de la psicología del individuo*. Buenos Aires: Paidós.
- Copello, L. (2007). *Frankl por definición: consultor temático de logoterapia y análisis existencial*. Buenos Aires: San Pablo.
- Frankl, V. E. (1991). *La voluntad de sentido* (2.^a ed.). Barcelona: Herder.
- Lersch, P. (1966). *La estructura de la personalidad*. Barcelona: Scientia.
- Pareja, G. (2006). *Viktor Frankl. Comunicación y resistencia*. Buenos Aires: San Pablo.